

# LA HUERTA DE ALICANTE PIDE AGUA DE LOS TRASVASES

## Junta general del Sindicato de la Huerta, en San Juan

SAN JUAN. (Corresponsal, M. SANCHEZ BUADES). — El viernes último celebró el Sindicato de Riegos de la Huerta de Alicante su junta general anual, que por haber trasladado provisionalmente sus oficinas a nuestra villa, dicha Comunidad de Regantes, se celebró este año en el salón de actos de la Hermandad Local de Labradores y Ganaderos.

La inseguridad del tiempo restó muchos asistentes al acto. Pocos regantes hubo en el salón, pero la huerta alicantina estaba bien representada. Labradores de San Juan, Muchamiel, Campello. Tángel, Villafranqueza, Condomina, con las ropas empapadas de lluvia y los pies llenos de barro, se agrupaban alrededor de la directiva, para hablar de un tema apasionante: El problema de las aguas.

Rápidamente se dio carpetazo a los distintos asuntos del orden del día y se pasó al tema supremo de la reunión, el que desde hace muchos meses es base casi exclusiva de las conversaciones labradoras. Trasvases, Tajo, Ebro, Segura, Talave, Alarcón y Vinalopó, son nombres que forman ya parte familiar del vocabulario del campesino alicantino, tanto como arado, cosecha, almendra o naranja, pongamos por caso.

Pero a lo que íbamos. Se habló de acometer por nuestra cuenta y riesgo trabajos de alumbramiento o compra de caudales, pese a las pobres calidades y salinidad de las aguas subterráneas existentes en estas zonas, y al casi prohibitivo costo de las perforaciones y conducciones, para una economía ya de por sí bastante maltrecha, que se ve obligada a pagar las aguas que necesita a precios superiores a las mil pesetas la hila de cien litros.

Inmediatamente salió a relucir la cuestión Tajo-Talave, que sirvió para poner de manifiesto el desconcierto que impera entre los regantes de la Huerta de Alicante ante el confusiónismo reinante en relación con la inclusión de la provincia alicantina en los beneficios de dicho proyecto. Desconcierto y desilusión, porque temen que se esfume —y esta vez para siempre—, lo que fue la gran esperanza del labrador alicantino, desde hace cientos de años: El aprovechamiento de las aguas del Júcar para el riego de sus tierras.

Muchos «¿por qué?» quedaron flotando en el aire, sin respuesta ni aclaración, porque por mucho que se ahondó en el tema no la tienen.

Alicante, desde hace más de 400 años está vivamente interesado en el aprovechamiento de los sobrantes del Júcar, aspiración que se ha traducido en infinidad de peticiones dirigidas en todas las épocas, a los poderes públicos; en reuniones y tomas de contacto entre autoridades alicantinas y valencianas, sin resultados positivos; en infinitos estudios y proyectos destinados siempre al más lamentable fracaso. ¿Por qué no se tienen ahora en consideración las razones aducidas siempre por Alicante y sus constantes demandas de unas aguas que necesita, sin duda alguna, más que cualquier otra provincia ni región?

El actual Plan Tajo-Talave comprende la conversión en regadío de grandes superficies de secano. ¿Por qué antes no se atienden debidamente las necesidades de las 4.000 hectáreas de regadío tradicional de la huerta alicantina y todas las de la cuenca del Vinalopó, máxime cuando por tener ya establecido de tiempo inmemorial su red de distribución, modulados y ordenados sus servicios y turnos, y ser de sobra conocida la fertilidad de su suelo y sus magníficas condiciones climáticas, sólo precisar del agua necesaria para trans-

formarse en un verdadero emporio agrícola, «sólo comparable con las Huertas de Valencia y Murcia, a las que en algunos aspectos incluso superaría, si contara con la misma cantidad de aguas que ellas», como escribió en cierta ocasión el que fue director del Instituto Geológico de España, don Enrique de Gorostizaga.

Si el estudio inicial de este proyecto, realizado por la Confederación Hidrográfica del Júcar fue para la «Mejora y ampliación de los riegos de la provincia de Alicante, con aguas derivadas del río Júcar y del posible Trasvase de la cuenca del Tajo», ¿por qué ahora se escamotea a Alicante de entre los beneficiarios y se la ignora en la nueva redacción del proyecto?

Es triste, muy triste y penoso ver ahora a la que hasta no hace muchos años fue ubérrima huerta de Alicante, convertida en un auténtico erial, donde sólo medran los cardos y la «cisca»; ver que el antiguo verdor de los viñedos ha sido sustituido por el pardo de la tierra calcinada, con algún que otro almendro seco que alza a los aires sus ramas retorcidas. Que desaparecieron hace bastantes años sus famosos vinos, como ahora están desapareciendo sus almendrales y olivares.

«Algún delit tenía que pagar», —exclamaba un labrador de Fabraquer—. Y por lo menos las apariencias parecen corroborarlo. Porque es muy triste y lamentable que nadie se acuerde, en los momentos cruciales, de las tierras alicantinas. Ni como tierras del Levante ni como tierras del Sureste.

Como muy triste y lamentable es ver cómo las aguas del pantano de Beniarrés se van a regar tierras valencianas, y las del embalse de La Mata se irán a regar tierras murcianas, sin que Alicante pueda gozar de una sola gota de estas aguas salidas de sus entrañas, cuando sus necesidades superan en muchos enteros a las de sus provincias vecinas.